

Primeras lecturas

Juan Carlos Fernández

www.juancarlosfernandez.es

A los pocos días de empezar este año falleció William Peter Blatty, autor de "El exorcista", novela que en los años setenta constituyó un éxito editorial de primera magnitud después adaptado al cine. No puedo evitar, al hilo de esta noticia, retrotraerme a mi primera mocedad, cuando leí el superventas (mejor este término que *bestseller*, ¿no?).

Por aquellos años pasé de los tebeos y cómics de Marvel a algunas novelas que fueron tan celebradas como (supongo) leídas. Ahora, más de cuatro décadas después, he adquirido la certeza de que el despertar a la vida, si acontece con algunas lecturas atractivas, es algo hermoso y espectacular.

Entonces no existían los ordenadores personales, ni las tabletas, ni los teléfonos móviles, ni el Internet. De modo que si teníamos que decirnos algo los amigos, nada mejor que telefonar, o buscarnos en nuestras casas. Para buenas lecturas estaban las bibliotecas, y en ellas, erigidas en el colmo de la sabiduría, las enciclopedias: una Espasa era el *súmmum*. La información más inmediata la recibíamos a través de los periódicos (los de Madrid llegaban con un día de retraso, en tren) y por supuesto, nos la servían la radio y, muy especialmente, la televisión. En mi caso, la curiosidad por un mundo que aparecía extraordinario ante mis sentidos vino asociada a los medios de comunicación, principalmente la prensa escrita y, ante todo y sobre todo, me asomé a aquel a través de la más espectacular ventana: los libros.

"El exorcista" fue una de aquellas novelas que devoré y disfruté. Pero guardo aún mejor recuerdo, entre otras, de "Chacal" y de "Odessa", de Frederick Forsyth. Esta última la devoré de una



sentada, horas y horas sin despegarme de sus páginas, absorto y feliz. Entonces, no faltaría más, la vista iba algo mejor y el tiempo, en vacaciones, cundía para todo. Señalaré también "La vida sale al encuentro", del jesuita José Luis Martín Vigil, muy popular entre la chavalería de esos años.

Aquellos libros, que quizá no sean el mejor ejemplo de estilo literario, pero que presentaban unas historias muy bien construidas que enganchaban al lector, se convirtieron en mi caso en auténticos catalizadores hacia un ocio constructivo y sembraron la pasión de la lectura. A partir de entonces, mi biblioteca empezó a crecer y sigue haciéndolo, aunque no consigue pasar de modestísima. Pocas compañías (la familia, algunos amigos...) pueden superar la de un libro: uno nunca se siente solo con ellos. Recuerden lo que decía Kempis: "He buscado el sosiego en todas partes, y sólo lo he encontrado en un rincón apartado, con un libro entre las manos". La pena es que a medida que uno va peinando canas (cada vez menos, claro) se va dando cuenta de que necesitaríamos un buen puñado de vidas para poder leer todo aquello que merece la pena. Esto quiere decir que conviene no perder el tiempo con lo que valga poco.

En fin, como la inspiración de estas líneas me ha venido por causa de la muerte de Blatty y del consecuente recuerdo de su novela, terminaré por decirles que, inmensa torpeza, presté aquel libro y jamás me fue devuelto. Dios me libre de volver a caer en semejante necesidad. De modo que como el laicismo rampante hace inútiles los anuncios de excomunión que antiguamente quizá amilanaran a los rapiñadores de volúmenes, me permitirán que añada un lema que suple con descaro e inteligencia aquellas admoniciones, y que aparecía en un cartel en la biblioteca de uno de los personajes de "El don", de Mai Jia: "Ni siquiera se molesten en pedírmelos". Pues eso.